
LIBRO TERCERO.

Tambien he de cantarte, insigne Páles,
Y á ti, digno de prez, pastor de Anfriso,
Y á vos, selvas y fuentes del Liceo.
Otros asuntos ya, cuantos habrian
Podido de los hombres las ociosas
Mentes apacentar, gastados miro:
¿Quién al auro Euristeo, los altares
Del infame Busíris quién ignora?
Hílas infante, la latonia Délos,
Pélope, de hombro de marfil dotado,
Cabalgador famoso, Hipodamía:
¿Quién no sabe y repite sus loores?
Nuevo, nuevo camino abrirme intento
Por donde del humilde suelo alzado
Glorioso en boca de los hombres vuela.

Yo, el primero, si vida no me falta,
A mi patria tornando de Helicona

Traeré conmigo las divinas Musas;
 A tus piés, Mantua mía, yo el primero
 Vendré á ofrendarte palmas de Idumea.
 Y en la verde campaña
 Que errante el Mincio baña
 Con rica vena y apacibles giros,
 A par allí de la corriente undosa
 Mis manos fundarán marmóreo templo:
 Señoreando el sitio amable númen
 Alzará en medio de él César la frente.
 Yo instauraré en su honor festivos juegos,
 Y de vistosa púrpura vestido
 Triunfante agitaré cuadrigas ciento
 Cerca del río: en luchas y en carreras
 Toda la Grecia á disputar coronas
 Allí vendrá, las márgenes de Alfeo
 Y los bosques dejando de Molorco;
 Y yo presente allí, ceñida en hojas
 De despojado olivo, la cabeza,
 Los dones propondré. Ya me solazo
 Guiando al ara las solemnes pompas,
 La inmolacion de los novillos viendo:
 Ya el girar de la escena y de sus faces,
 Ya á los britanos figurados miro
 El purpúreo tablado sustentando.
 Abultaré en las puertas los combates
 Reñidos con los Gángaros, en oro
 Y sólido marfil, y allí las armas
 Lucirán victoriosas de Quirino;
 Y el Nilo mostraré majestüoso
 Crecido en ondas y de guerra armado,

Y de bronce naval yertas columnas.
 Las ciudades del Asia sojuzgadas,
 Y expelidos los hijos del Nifátes,
 Y el Parto, que su vida á presta fuga
 Y á sus saetas volvedoras fia,
 Entallaré despues; y dos trofeos
 A dos pueblos diversos arrancados,
 Y de opuestas riberas, de este doble
 Vencimiento en señal, cautivas gentes.
 En mármoles de Páros
 Relevaránse all vultos vivientes:
 De Asáraco la prole, nombres claros
 De la raza de Jove, el viejo Troo,
 Y Cintio, autor de los Troyanos muros.
 La derribada Envidia
 En el rostro dirá cuál teme al triste
 Cocito, y las serpientes retorcidas
 Del mísero Ixion, y la gran rueda,
 Y aquel peñasco que jamás descansa.

En tanto de las Dríadas las selvas
 Trataré, intrincaréme en los amenos
 Bosques, de humana planta ántes no hollados;
 Y el no fácil empeño
 Que impones, cumpliré, Mecéñas mio.
 Nada grandioso el pensamiento ensaya
 Sin tí. Rompamos ya tardas demoras;
 Con alto ruido Citeron nos llama,
 Y el Taigeto, y sus canes, y el famoso
 Domador de caballos Epidauro;
 Hinchiendo el monte el gran rumor se aumenta.

Cantar de mi héroe las ardientes ruides
 Empezaré despues, y tantos años
 Cuantos pasaron de Titon á César,
 Haré de César duradero el nombre.

Ó ya caballos crie
 De la olímpica palma enamorado,
 O ya para labor fuertes novillos,
 Las madres de ellos ante todo elige.
 Optima es á este fin la vaca torva
 De cabeza deforme
 Y robusta cerviz, á quien pesada
 A cubrir las rodillas
 Desde el morro descende la papada:
 Largo asaz el costado, grande todo
 Tenga, aún el pié, y ostente
 Bajo el torcido cuerno hirsuta oreja.
 Ni ménos me promete la que trae
 La piel de blancas manchas esparcida,
 La que el yugo rechaza
 Y tal vez con los cuernos amenaza,
 La que toro semeja
 En la faz, la prócera, que barriendo
 Sus huellas va, al andar, con larga cola.
 Para llevar las cargas de himeneo
 Propicia edad empieza á las novillas
 Al año cuarto, al décimo caduca.
 No hay fuera de estos términos posible
 Fecundacion, ni del arado al peso
 Fuerza igual; dentro de ellos, que la alegre
 Juventud constituyen del ganado,

Huelga á los toros da, da que se entreguen
 A solaces de Vénus,
 Y de una en otra en sucesivas crías
 El bovino linaje así renueva.
 ¡Ay! siempre de los míseros mortales
 Huyen risueños los primeros días,
 Dolencias vienen y trabajos luégo,
 Triste vejez, y la implacable muerte
 Que con golpe veloz todo lo acaba!
 Siempre tendrá cabezas tu rebaño
 Que debes reponer, suple á sus faltas;
 Y porque tarde el daño
 No sientas, anticipáte, y prudente
 Las pérdidas repara cada un año.

No ménos diligencia
 A la eleccion de los caballos debes.
 Tú desde tierna edad á los que fies
 El incremento de la raza, aplica
 Laboriosa atencion. El potro nuevo
 De estirpe generosa
 Gallardo ya campea,
 Y en noble porte y numerosos pasos
 Las blandas coyunturas ejercita:
 Toma la delantera en el camino,
 A la crespa corriente vado tiente,
 A puente ignoto avánzase el primero,
 Ni de estrépitos vanos se intimida.
 La cerviz tiene erguida,
 Aguda la cabeza, el vientre breve,
 Grupa redonda, el pecho

Con músculos soberbio que le abultan.
 Noble es el rucio azul, noble el castaño,
 De blancos y melados desconfío.
 ¡Con qué ingénito brío
 El pisador lozano
 Sale del puesto y sosegar no sabe
 Si armas de léjos resonar ha oído!
 Las orejas aguza, se estremece,
 El encendido aliento
 Por la abierta nariz bramando arroja;
 El cabello sacude aborascado,
 Le esparce al diestro lado;
 Y doble mueve la dorsal espina,
 Y recios cascos sobre el suelo asienta
 Que batido á compas hueco retumba,
 Sofrenado de Pólux Amicleo
 Tal Cílaro soberbio braveaba;
 La copia de trotones
 Que Marte unció, tal era; tales fueron,
 Ya de griegos poetas celebrados,
 Los del carro veloz del grande Aquiles;
 Y Saturno agilísimo, la hermosa
 Crin derramando sobre el cuello equino,
 Así tambien, al asomar su esposa,
 Hirió, rápido huyendo,
 El alto Pélion con relincho agudo.

Al que así contemplaste
 Animoso corcel, cuando abrumado
 Por las enfermedades, ó vencido
 Le vieres de la edad, ponle á cubierto,

Y da á su honrada senectud descanso.
 Para enlaces de Vénus
 Frio el caballo viejo, afan estéril
 Apura en ellos, y tal vez si llega
 A la amorosa lid, se enciende en vano,
 Cual sin fuerza en la paja un alto fuego.
 Observa de antemano
 Los bríos y la edad de cada potro,
 Su raza y vocacion discierne luégo;
 Mira si causa en él, y en qué manera,
 La ignominia dolor, celo la gloria.
 ¿No has visto cuando en rápida carrera
 Parten de la barrera
 A cubrir el palenque émulo carros?
 Mancebos que en la faz muestran bizarros
 El ánsia de vencer, miéntras el pecho
 La duda palpitante les devora,
 Con retorcido látigo aguijando,
 Tendido el cuerpo, van, suelta la brida;
 En férvido volar arden las ruedas;
 Y ora se inclinan, y ora
 Parecen remontarse arrebatados
 En vuelo aéreo á superior esfera.
 No hay descanso, no hay paz. La arena roja
 En nubes se levanta:
 Fogoso al delantero el de atras moja
 Con la espuma que arroja;
 ¡Tanto es el pundonor, la ambicion tanta!

Fué Erictonio el primero que ensayando
 Uncir cuatro caballos, triunfante

Sobre las prestas ruedas se sostuvo.
 Los Peletronios Lápitás, los lomos
 De un corcel oprimiendo, introdujeron
 El arte de enfrenarle y de volverle;
 Por ellos el jinete adocinado,
 Aun bajo el peso de las armas, pudo
 Hacer al pisador herir la tierra
 Y concertar los arrogantes pasos.
 Igual virtud ambos oficios piden;
 Para ambos á la vez los domadores
 Potro eligen veloz, nuevo y lozano;
 Nunca al caballo anciano,
 Por más que ardiente en sus antiguos días
 Haya á contrarias bandas perseguido,
 Y por nativo suelo
 A Epiro tenga ó la feraz Micéñas,
 Y al gran Neptuno por remoto abuelo.

Todo ello examinado,
 En propicia ocasion los criadores
 En pro del bruto que por dueño y padre
 Impuesto hubieren á la grey, convierten
 Su desvelo ingenioso, y alimento
 De sólida grosura darle cuidan.
 Para él las hierbas más jugosas cortan,
 Y aguas le ofrecen de corrientes rios,
 Y abundante cebada, porque nunca
 En sus blandas fatigas desfallezca,
 Ni la prole infeliz tristes efectos
 De la paterna languidez reciba.
 Por modo opuesto, á las gregarias hembras

Extenuán solícitos, y cuando
 Tocadas de calor voluptuoso
 Los primeros placeres solicitan,
 De los pastos las quitan,
 De las líquidas fuentes las apartan,
 Y á los rayos del Sol en ocasiones
 Quiebran sus bríos con veloz carrera,
 Cuando gime la era
 Con el herir de las trilladas mieses,
 Y á los soplos del Céfiro aventadas
 Las volátiles pajas remolinan.
 Fatiganlas así, porque creciente
 Gordura en las regiones genitorias
 No estreche las canales de la vida;
 Antes sedientas en captar no tarden
 La fecunda simiente, y recibida,
 En sus senos recónditos la guarden,

A su vez de los padres
 El cuidado abandonan, y á las madres
 A dedicarlo empiezan. Si preñada
 Errante una hembra va, pasados meses,
 Ninguno osado sea
 A uncirla de pesado carro al yugo,
 Ni saltar la permita,
 Ni á tendido galope corra el prado,
 Ni espumoso torrente cruce á nado.
 En solitarios sotos se apaciente,
 La márgen trate de abundosos rios;
 El verde musgo y grama floreciente
 Le den mullida alfombra

Y al silencio se incline y á la sombra
 De oscuros antros y peñascos frios.
 Del Sílaro en los bosques crece y medra,
 Y de Alburno en los verdes encinares,
 El volador insecto á quien llamaron
 Los Romanos *asilo*, *estro* los Griegos.
 Gira cruel con ásperos zumbidos;
 Por la selva asustados
 Se ahuyentan los ganados,
 Hierve el aire en bramidos,
 Y con el peso, del Tenagro mustio
 Los árboles oprime y las riberas.
 Con este hórrido azote aguzó Juno
 En la hija de Inaco su ira.
 Y como en horas de bochorno sea
 Más y más importuno,
 Que á las madres no acose entónces, mira;
 Al pasto vayan ellas
 En las primeras matutinas horas
 Tan sólo, y cuando apuntan las estrellas
 Del carro de la noche conductoras.

Cuando ellos han nacido
 Todo el esmero que se dió á las madres
 Conviértese á los hijos. El colono,
 De familia y dominio y apellido
 Les pone el sello: el que destina al ara
 Marca también, y el que á acrecer la prole,
 Y el que á romper reserva
 Campo erizado de terrones: sueltos
 Gusten los otros de la verde hierba.

Tú á aquellos estimula
 Que á menesteres rústicos designes,
 Y el modo de domarlos ejercita,
 Mientras de tiernos juveniles años
 El espíritu dócil lo permita.
 Lazadas flojas de ligeros mimbres
 A la cerviz anúdales; y luégo
 Que hayan los libres cuellos avezado
 A servidumbre, de los lazos mismos
 Conformes pares de becerros ata
 Y hazlos unidos acordar el paso.
 Frecuentes veces por el llano tiren
 De carretas vacías, tal que apenas
 Huella en el polvo la pesuña imprima:
 Bajo peso mayor el eje luégo
 Esforzándose gima,
 El eje de haya; y el timon herrado
 Consigo arrastre las unidas ruedas.
 Entretanto á la turba aún no domada
 No des campestre grama, ovas palustres
 Únicamente, ú hoja
 Tierna de sauce, mas también cebada
 Tu mano amiga en hierba le recoja.
 Ni la vaca parida,
 Cual estilaron ya nuestros abuelos,
 Tarros corone con nevada espuma,
 Mas en rico sustento á sus hijuelos
 Gustosa la ubre hinchada ella consuma.

Si á la guerra y sus fieros escuadrones
 Te inclinas más; si adelantarte anhelas

A las corrientes del pisano Alfeo,
 Y en el bosque de Jove
 En alígero carro alegre vuelas,
 El potro que á estos usos predestines,
 El aspecto y las armas, lo primero,
 Contemple del guerrero;
 Enséñese al clangor de los clarines,
 De chilladoras ruedas al rüido,
 Y al choque de los frenos en la cuadra
 Acostumbre el oido;
 Su cerviz se aficione á las caricias
 De la palma del dueño alentadora,
 Y tenga sus aplausos por delicias.
 Apenas destetado
 Cada vez más y más formando vaya
 A tales atenciones el sentido;
 Mas, inhábil aún y delicado,
 Primero que el bocado,
 Blando cabestro á recibir se avece.
 Tres veranos cumplidos, cuando asome
 El año cuarto, á revolver empiece,
 A compas bata el campo,
 Las volubles rodillas alce y baje,
 Y en numeroso alterno movimiento
 Fácil jugando, al parecer trabaje:
 Más tarde llame al viento,
 Y cual suelto de brida,
 La hancha llanura atravesando, apenas
 Huellas estampe en su fugaz corrida.
 Así de las regiones hiperbóreas
 Baja denso Aquilon; ante él de Escitia

Los áridos nublados desaparecen;
 Adultas mieses y ondeantes campos
 Con susurro suavísimo se mecen;
 Las altas selvas braman;
 Cubren ondas gigantes la ribera,
 Y él barriendo á la vez tierras y mares
 Las fugitivas alas acelera.
 Potro que así educaste
 Ya sudará en la olímpica carrera
 En los de Elide campos anchurosos,
 Con frenos sanguinosos
 A vueltas de la espuma que los bañe;
 O mas bien, por ventura, en dócil giro
 Belgas carrozas guiará liviano.
 Con jugoso forraje
 Permite al ya domado que embarnezca;
 Mas si ántes de amansarle tal hicieres,
 Sublevaráse de soberbia lleno,
 Y al látigo flexible no le esperes
 Sufrido, ni obediente al duro freno.

Ya apacientes caballos, ya novillos,
 No hay industria en lo humano
 Que tanto su vigor solide y crezca,
 Como las ocasiones y deseos
 Alejar del amor ciego y tirano.
 En un opuesto llano,
 Detras de una ágría sierra,
 En medio de anchos rios
 Ceba sus toros el pastor prudente,
 Ó en provistos establos los encierra,

Que roba una hembra los vitales bríos
 Con halago sutil, y el que la mira
 Se abrasa de mirarla, y no lo siente,
 Con amoroso fuego
 Que del pasto y la sombra pone olvido;
 Y el dulce poseella
 A recursos de ira
 Tal vez remiten dos rivales. Ella,
 Novilla hermosa, en honda selva paze;
 Ellos en tanto embístense sañudos,
 Toros valientes, en igual porfía;
 Heridas menudean,
 Negra sangre chorrean,
 Los cuernos traban con bramar tremendo,
 Y las florestas y el lejano Olimpo
 Repiten de la riña el sordo estruendo.
 Y no será que retornar se vean
 A un mismo establo entrambos contendores:
 Destiérrese el vencido,
 En remotas comarcas ignoradas
 Su afrenta va á esconder y sus dolores,
 Y á llorar sin venganza el bien perdido:
 Volviendo las miradas
 A su nativo establo, así se aleja
 Del que reino fué ya de sus mayores.
 Pero no para siempre: allá rehace
 Sus fuerzas en silencio: lecho duro
 Mulle en medio de peñas, donde yace
 Noches enteras: espinosas hierbas
 Y agudos juncos paze.
 Embistiendo algun tronco se ejercita,

O al aire corneando; tal se ensaya,
 Y esparramando polvo, á la pelea:
 Luégo, al sentirse reparado y fuerte,
 Tiendas levanta, al enemigo busca
 Descuidado, y sobre él se precipita.
 Así en medio del piélago blanquea
 Onda naciente, así su seno agita,
 Y á la distante playa
 Mueve ufana su pompa; así retumba
 Entre escollos horrisona, y cayendo
 Como soberbio monte se derrumba;
 El agua en tanto suena
 Desde el fondo en hirvientes remolincs,
 Y arroja por encima negra arena.

Al fuego del amor y sus furores
 Así son atraídos
 Todos los séres que la tierra pueblan:
 El hombre, el bruto, y los marinos peces
 Y las pintadas aves; y es en todos
 Uno mismo el amor que los arrastra.
 No hay, como el tiempo del amor, ninguno
 En que de sus cachorros olvidada
 Tantas furias conciba
 Por los campos errante la leona;
 Ninguno, en que terror y estrago tanto
 Siembren doquier los contrahechos osos
 Por la selva; en tal tiempo, más que nunca,
 El jabalí es feroz, cruel el tigre.
 ¡Desgraciado el que entónces
 Por las regiones de la Libia vague!

Arde el sabino cerdo
 Tambien; arde y se lanza, y los colmillos
 Aguza, el suelo escarba, contra un árbol
 Los lomos se refriega, y todo el cuerpo
 Más y más contra heridas endurece.
 ¿Qué diré de los linceos, los manchados
 Linceos de Baco? Los terribles lobos
 ¿Qué no osan, y los perros? El combate
 Aun los tímidos ciervos no rehuyen.
 ¡Y qué es ver al mancebo á quien los huesos
 Penetró con su llama amor tirano!
 En deshecha borrasca, en alta noche,
 A nado cruza el pavoroso golfo:
 Truena sobre su frente
 La bóveda del cielo: el mar undoso
 Retumba en los escollos combatidos.
 Ay! los amados padres
 No harán que retroceda, ni la hermosa
 A quien mísero fin él mismo lleva!
 Ni ménos impaciente
 Tiembla de miembros el corcel, con sólō
 Que el conocido olor beba en las auras;
 Y lánzase veloz. No el hábil freno,
 No el látigo implacable le modera;
 En vano hendidas rocas, montes, rios
 Que árboles vuelcan en su turbio seno,
 Saldrán á detenerle en su carrera.
 No hay, empero, de amor en los furoros
 Quien semeje á las yeguas. Vénus misma
 Les dió su llama en dote
 Cuando al mísero Glauco á dentelladas

Las cuadrigas de Potnia destrozaron.
 Amor, amor sin duda
 A trasponer del Gárgaro la cumbre
 Y el estruendoso Ascanio las obliga;
 Ellas montes escalan, cruzan rios.
 No bien la llama en sus medulas sienten
 (En primavera sobre todo, cuando
 El natural calor vuelve á los huesos),
 Ya todas ellas en las altas rocas,
 Vuelta la faz al Céfito, aparecen
 Aspirando en su sed auras sutiles;
 Y es voz que á veces sin consorcio alguno,
 Fecundadas del viento,
 ¡Oh increíble portento!
 Entre rocas bajando y asperezas,
 Por las hondas cañadas
 Intrincan las pisadas,
 No hácia los sitios donde nace el Euro,
 No á la cuna del Sol; sí á las regiones
 De Cauro ó Bóreas, ó á do el Austro sopla,
 Que las alas negrísimas batiendo
 El cielo atrista con pluviosos frios.
 El claustro genital destila entónces
 El espeso veneno que entre todos
 Con el nombre de *hipómanes* distinguen
 Los pastores; el mismo aquel que arteras
 Recogen, y con hierbas y conjuros
 Confeccionan malvadas hechiceras.

Mas ¿dónde estoy? Miéntras con vago encanto
 Describo del amor los pormenores,

Huye el tiempo veloz, huye y no torna!

A ganados mayores
Ya he dado suficiente espacio, y llego
A la otra parte del asunto mio:
Lanudas greyes y cerdosas cabras
Me cumple describir. Afan prolijo
Ellas nos dan, asiduos labradores;
En ellas cantaré vuestros loores.
Arduo es, no se me esconde, con palabras
Vencer temas cual éste, y á pequeñas
Materias tales añadir decoro.
Mas á las soledades del Parnaso
Dulce aficion me induce: por vereda
No hollada de mortales
Yo á la Castalia fuente inclino el paso,
Y errante á sus misterios me abandono.
Hora, divina Páles,
Vén y sublima de mi voz el tono.

En mullidos establos, ante todo,
De hierbas las ovejas se apacienten,
Y háganles blando de la tierra el lecho
Haces de seco helecho
Y paja en abundancia, porque el frio
A la grey delicada
No desazone en su rigor, ni roña
Vil ni gotosa enfermedad la invada.
Dejando las ovejas, mi segundo
Precepto dicto, y al colono ordeno
Que de hojas de madroño

Y agua fresca de rios
Las cabras abastezca; y sus majadas
Caigan al Mediodía
Expuestas á los soles hibernales,
De soplos enemigos resguardadas,
Mientras torna de la urna al fin del año
Raudales á verter Acuario frio.
De amor y gratitud es el cabrío
No ménos digno que el lanar rebaño,
Aunque vellones que Mileto envía,
Bañados en la púrpura de Tiro,
Por insigne valor trocados sean.
Más crias él nos da, más leche rinde;
Y en competencia igual, como rebose
Henchido el cantarillo de alba espuma,
Así exprimidas las lecheras ubres
Crecen, y esfuerzan sus alegres chorros.
¿Y cuánto no reportan los pastores
Que esquilan á los chivos africanos
La blanca barba y el cerdoso pelo,
Que al soldado en campaña
Dan y al mísero nauta útiles ropas?
Gusta la cabra de las selvas, ama
Las cimas del Liceo, y busca y paca
Las zarzas espinosas, los arbustos
Que á fragosos lugares se aficionan.
Memoriosa y de grado
Ella al redil con sus cabritos vuelve,
Tan hinchadas las ubres
Que apenas el umbral, llegando, salta.
Solicito, amoroso, por lo mismo

Que tan poco demanda á tus desvelos,
 Tú de alejarla cuida
 De aires glaciales y ateridos hielos;
 Y dale pasto siempre, en hierba, en rama;
 Nunca en hibierno tu pajar le cierras.
 Mas luégo que el verano alegre asoma
 En alas de las brisas de occidente
 Y á cabras como á ovejas
 Por bosque y vega su calor derrama,
 Con el albor del matinal lucero
 No dudemos salir al campo frio
 Miéntas puro está el aire y cano el prado,
 Y sabroso al ganado
 La hierba empapa fúlgido rocío.
 Andando el día, cuando la hora cuarta
 La sed enciende acumulando ardores,
 Y cigarras fatigan importunas
 Con penetrante canto los viñedos,
 Entónces á los pozos
 Tu grey lleva á beber, ó á hondos estanques
 Donde las aguas abundosas guste
 Que por canales de madera corren.
 En el lleno calor del mediodía
 Busca algun valle umbroso
 Donde alargue tal vez robusta encina
 Sus grandes ramas desde el tronco añoso
 (Arbol á Jove consagrado), ó donde
 Floresta oscura de carrascas densas
 Envuelta yazga en silenciosa sombra.
 Al agua cristalina,
 Al pasto regalado

Vuelve á llevar tu grey cuando declina
 El Sol, cuando sereno refrigera
 El Héspero los aires, y levanta
 Con su róscida luz al bosque mustio
 La Luna, y el alcion por la ribera
 Y el colorin entre jarales canta.

¿Qué diré de los líbicos pastores?
 ¿Sus inmensas dehesas
 Cantaré, y sus portátiles cabañas
 Acá y allá visibles sobre el llano?
 Todo el día, la noche, un mes arreo
 Pace á las veces su ganado errante
 Sin hallar de camino hospicio alguno;
 ¡Tan vasta soledad se abre delante!
 Todo, todo consigo
 Lleva el nómade andante ganadero:
 Vivienda, y lares, y armas, y el famoso
 Perro espartano y la cretense aljaba.
 Así tambien el campeon romano
 Las armas que la Patria le confía
 En sus hombros sustenta;
 Marcha veloz bajo el glorioso peso,
 Y sobre el enemigo inadvertido
 Plantando sus reales se presenta.

En las regiones donde el Scita mora,
 Donde extiende sus aguas
 La laguna Meótides, do el Istro
 Túrbido vuelca sus arenas rojas,
 Y el giro revolviendo de sus sierras

Ródope avanza bajo el polo mismo,
 ¡Qué diversas costumbres! Los ganados
 En establos cerrados
 Allí pasan la vida; que por siempre
 Niega hierbas el campo, el árbol hojas.
 Con montones de nieve y alto hielo
 Informe yace el suelo,
 Que siete codos su nivel levanta
 En horizonte dilatado. Eterno
 Allí reina el hibierno,
 Y eternamente derramando frío
 Soplan los Cauros. Nunca el Sol disipa
 Allí la niebla y macilentas brumas,
 Ni cuando á lo alto del excelso cielo
 Llega de sus bridones conducido,
 Ni cuando al mar que con su lumbre dora
 Su fugitivo carro precipita:
 ¡Nunca! En el seno del corriente río
 Improvisados témpanos se cuajan;
 Consolidada siente
 Ferradas ruedas deslizarse encima
 Onda que enántes hospedara popas
 Y ahora á pesados carros da camino.
 Hasta los vasos de metal se rajan,
 Recias se paran las vestidas ropas,
 El congelado vino
 Con hacha se divide, en masas duras
 Las extendidas aguas se convierten,
 Y de ásperos carámbanos se eriza
 La descompuesta barba al caminante.
 No cesa en tanto de nevar el cielo:

Perecen los ganados;
 Entre cimas de hielo
 Yacen bueyes enormes derribados;
 Y de las nieves al caer continuo
 Ejércitos sucumben de venados,
 Cuyas astas apénas
 Las puntas sacan á anunciar su ruina.
 ¿Qué al cazador los aguijados perros,
 Qué las redes importan,
 Ni las cuerdas de plumas carmesíes
 Para oprimir los ciervos fatigados?
 Acósalos de cerca, miéntras luchan
 Por vencer con el pecho helados montes;
 Con chuzos los embiste
 La animosa partida, y, rebramando,
 Los mata, y con clamores de alegría
 Muertos los lleva á sus profundas grutas.
 Allí, bajo la tierra, en ocio libre,
 Alimentan el fuego aquellas gentes
 Con añosas encinas
 Y olmos enteros que á la hoguera arrastran:
 Pasan en juegos las nocturnas horas,
 Y con licor de fermentados granos,
 O ya de ácidas serbas,
 Ledas suplantán de la vid los dones.
 Del Septentrion en los boreales climas
 Así viven los hombres
 En su salvaje independencia: el Euro
 Crudo azota sus rostros, y á los cuerpos
 Bermejas pieles de animales visten.

Si á la lana dedicas tu cuidado,
 De tierras montüosas
 Aleja desde luégo tu ganado,
 Y lampazos evita, evita abrojos;
 Huye tambien de exuberantes pastos,
 Y selecciona siempre
 Blancas ovejas de vellon süave.
 Morueco, aunque nevado, como tenga
 Bajo la húmida lengua negras manchas,
 Repúdiale, no avenga
 Que en la piel reaparezcan de la cria,
 Y otro con vista indagadora escoge
 En el henchido campo. Así algun dia
 Pan, dios de Arcadia, te sedujo, Luna,
 Llamándote á altos bosques disfrazado,
 Si la fama no miente,
 Y ¡oh cándido vellon de alta fortuna!
 Diz que fuiste al pastor condescendiente.

El que la leche sobre todo estime,
 Cítiso á los apriscos lleve á mano
 Y de loto fragante larga copia,
 Y hierbas que con sal rociado hubiere;
 Que la pasion del agua así se aumenta,
 Y las lecheras ubres se dilatan
 Con el beber, y de la sal ofrecen
 Escondido el sabor en sus raudales.
 Muchos hay que destetan los cabritos
 Cuidando guarnecer el labio tierno
 Con ferrados bozales.
 Que los aparten del favor materno.

Leche exprimida al clarear la aurora
 Ó en las horas del dia,
 Compáctanla de noche los pastores:
 Leche ordeñada por la tarde, ó cuando
 Se oculta el Sol, en fáciles vasijas
 Llévnanla á las vecinas poblaciones
 La mañana siguiente, ó la conservan
 Esparcida de sal para el hibierno.

Ni á los útiles canes
 En tu cariño des lugar postrero.
 Nutre, á par de la grey, al espartano
 Lebel veloce y al mastin moloso
 Con succulento suero.
 Con tan buenos guardianes
 En tus establos al ladron nocturno
 No temerás, ni la incursion del lobo,
 Ni á tus espaldas al insomne Ibero.
 Con perros, si te place,
 Los tímidos onagros á carrera
 Te es dado perseguir; con perros puedes
 Liebres cazar y fugitivos gamos;
 O bien con sus ladridos
 Harás salir al jabalí espumante
 De agreste madriguera;
 Ó ya clamando por los altos montes,
 A algun ciervo arrogante
 Aventarás á do la red le espera.

Ni descuides quemar en tus establos
 El oloroso cedro,

Y con vapor de gálbano destierra
 Los fétidos quelidros. Muchas veces
 En los pesebres, cuando están inmundos,
 La víbora, temible á quien la toca,
 Reñida con la luz, oculta yace;
 Y muchas veces la culebra, peste
 Funesta de las reses, bien hallada
 A vivir bajo techo y á la sombra,
 Y el hato á inficionar con su veneno,
 De las majadas en el suelo anida.
 Vista, pastor, acude;
 ¡Ea! coge una piedra, cõge un palo;
 No así la dejes con amago ardiente
 Hinchar soberbia el sibilante cuello;
 ¡Hiere, hiérela! ¿Ves? Huye; en la tierra
 Ya la cobarde frente honda sepulta;
 Miéntras los intermedios eslabones
 Y de la cola las postreras piezas
 Desátanse á lo largo, y arrastrando
 Sus vueltas lenta da la última rosca.
 En las selvas abunda de Calabria
 Maléfica serpiente
 Que el pecho relevando, el lomo arrolla,
 El escamoso lomo, y luengo trae
 Con grandes pintas maculado el vientre.
 En tanto que las fuentes de los montes
 Brotando corren á ensanchar los rios,
 Y húmida primavera, austros pluviosos
 El seno reblandecen de la tierra,
 Ella, de aguas dormidas cortesana
 Y de frescas riberas moradora,

Allí vive, y devora
 El pez bullente y la parlera rana,
 Festin perpétuo á su implacable gula.
 Mas así que el calor, el suelo abriendo,
 Insano agosta los amigos lagos,
 A los áridos campos sale fiera,
 Los inflamados ojos revolviendo,
 Amenazando estragos,
 Con la sed y el ardor que la exaspera.
 No á tales horas bajo cielo abierto
 Mi frente halague con sus mudas alas
 Sueño engañoso en apacible loma,
 Cuando depone las deshechas galas
 Y en juventud radiante el monstruo asoma,
 Dejado habiendo en su cubierta estancia
 Los huevos ó la cria;
 Yergue el pecho, y al Sol, que incendios lanza,
 Con la trisulca lengua desafía.

Tambien de las dolencias
 Que afligen á los míseros ganados
 Enseñaré las causas y señales.
 Grosera sarna abruma
 A las ovejas, si la lluvia fría
 Más que suele, las cala hasta lo vivo,
 Y de albas nieves erizada bruma;
 O si el sudor, apénas esquiladas,
 No lavado se adhiere,
 O punzante zarzal sus carnes hiere.
 Entónces los prudentes mayoresales
 Llevan todo el ganado á do le cubran

Las aguas dulces de agradable rio;
 Aguijado se interna, y blandamente
 Con húmedos vellones sobrenada
 El carnero á merced de la corriente.
 Ó bien, cocido el alpechin amargo,
 Ungen con ello las mondadas pieles
 Mezclando argétea espuma, azufre vivo,
 Pez rala y buena como brota en Ida,
 Rica cera, aceitosa,
 Y el enérgico eléboro, y marino
 Bulbo, y negro betun. Modo es empero
 De curar, entre todos expedito,
 Cortar con hierro de la llaga el borde;
 Miéntras mano eficaz no pone en ella,
 Y tímido el pastor se está sentado
 Rogando al Cielo que salud envíe,
 Oculto vive el mal, oculto crece.
 Mas si la enfermedad embravecida
 Tenaz el centro de los huesos roe
 Y los miembros consume árida fiebre,
 Los internos ardores
 Aprovecha arrojar, la vena hiriendo
 Que á par de la pesuña hinchada asoma;
 Cual suelen los Bisaltas, y el terrible
 Gelono, cuando al Ródope remoto
 O á los desiertos de los Getas vuela,
 Que leche densa y sangre de caballo
 Mezcla en un vaso y con placer le arura.

Cuando vieres alguna
 Hija de tu rebaño que á menudo

A las amigas sombras se guarece;
 Si floja va las hierbas despuntando
 Y zaguera camina;
 O si en medio del campo se reclina
 Miéntras paze, y despues que el Sol fallece
 Tarde cede á la noche, y triste y sola,
 Al punto corta el mal, córtale á hierro,
 Antes que á la manada inadvertido
 Toque el contagio y pavoroso cunda.
 No tan densos, presagos
 De tempestad y estragos,
 Turbiones sobre el campo se desatan,
 Como plagas acuden
 El ganado á oprimir. No á estas ó aquellas
 Cabezas arrebatan:
 De la grey la esperanza y la grey misma
 Sucumbe al peso, y el linaje todo
 Desparece, y de sí no deja huellas.
 Mire esto por sus ojos el que vaya
 La faz á ver de los aéreos Alpes,
 Los Nóricos riscosos torreones,
 Ó la campaña que el Timavo riega:
 Reinos que fueron en antiguos dias
 De opulentos pastores, hoy regiones
 En larga y ancha direccion vacías!

Allí del aire inficionado un dia
 Nació morbosos temporal, cargado
 Con todos los calores del Otoño,
 Que á mansos y á feroces animales
 Condénó á perecer, y con su aliento

Las aguas corrompió, vició los pastos.
 Ni muerte fué de trámites sencillos:
 Las venas abrasando sed fogosa
 Los miserables miembros contraía;
 Luégo líquido humor se dilataba
 Disolviendo á su vez los huesos todos
 De la cruel enfermedad gastados.
 ¡Cuántas veces en medio al sacrificio
 En honor de los Dioses,
 Miéntras ceremoniosos los ministros
 Con blandas cintas la ínfula de lana
 En atar se tardaban, moribunda
 La víctima cayó! ¡Cuántas, si trajo
 Alguna el sacerdote, ántes ya herida,
 Ni sus entrañas recibiendo el ara
 Con ellas se inflamó, ni consultado
 Osó respuestas dar el adivino;
 Que apénas se teñía
 La aplicada cuchilla, y sangre impura
 Manchaba escasa la sedienta arena!
 Así en medio de pastos abundosos
 Morían los becerros, y exhalaban
 Junto á henchido pajar las dulces vidas.
 Al cariñoso perro rabia fiera
 Sobrevino también; tan anhelosa
 Tremer hacía á contagiades cerdos
 Y sus hinchadas fauces oprimía.
 Y el corcel victorioso,
 Ya de sus nobles juegos olvidado
 Y del herboso prado,
 De las líquidas fuentes huye triste

Y con inquieto pié la tierra escarbá:
 Inclina las orejas; por su cuerpo
 Mana extraño sudor, que anuncia frio
 Su inevitable fin, y á quien la toca,
 Toda háspida la piel párase y dura.
 Tales eran de muerte los presagios
 En los primeros días;
 Mas si el mal avanzando se encrudece,
 Ya los ojos les arden, y acezando
 Con hondo aliento entre sollozos grave,
 Las ijares dilatan; sangre negra
 Brota de la nariz, y la garganta
 Obstruye, atada allí, la áspera lengua.
 En un cuerno á beber dábanles vino,
 Y á los principios reputaron esto
 Por único remedio á la epidemia;
 Mas pronto infausta fué la medicina,
 Que, el vigor que bebiendo recobraban
 Los afligidos brutos
 Mostrándose furor, sus propios miembros
 Ya en brazos de la muerte, entre sus ansias,
 Despedazaban con agudos dientes.
 ¡Libre Dios á los buenos de mal tanto,
 Y á odiosos enemigos lo reserve!
 Hé aquí ya el toro al peso del arado
 Humeante sucumbe, y por la boca
 Sangrienta espuma despidiendo, brama,
 Y por última vez. Mustio el labriego
 Al novillo desunce que doliente
 A su caído hermano sobrevive;
 Desúncelo, y la reja

En medio del trabajo hincada deja.
 ¡Ah! ni la sombra de los altos bosques,
 Ni de los prados la vestida grama,
 Ni el río que entre peñas salta al valle
 Y puro como el ámbar se derrama,
 Al mísero darán paz ni consuelo:
 Sus miembros desfallecen,
 Sus ojos se entorpecen,
 La pesada cerviz desmaya al suelo.
 ¡Tristes! ¿y qué les valen
 Tantos servicios y trabajos tantos?
 ¿Qué haber revuelto el seno de la tierra?
 Cierto que ni de Baco ricos dones
 Ni opíparos banquetes dar pudieron
 Causa justa á su daño. Hojas y hierbas
 Fueron su mesa, siempre igual; sus copas
 Los cristalinos pozos, y su néctar
 El agua fué de los corrientes ríos;
 Y enojoso cuidado
 Nunca alteró sus apacibles sueños.

En aquella region y en esos días,
 Que no se hallaron cuentan
 Blancas novillas en honor de Juno,
 Y vióse al templo el carro de la Diosa
 Por desiguales búfalos tirado.

Mal grado, en fin, los labradores mismos
 La dura tierra con el rastro abrían
 En vez de reja; con las propias uñas
 Enterraban el grano, y por los montes,

La cerviz esforzando,
 Chilladoras carretas arrastraban.
 Ya cerca del redil no ensaya el lobo
 Sus conatos de robo,
 Ni de noche á las reses sigue el rastro;
 Más urgente cuidado le atosiga.
 Junto á los techos con los canes vagan
 Tímidos gamos y veloces ciervos;
 Y ya cuantos nadantes moradores
 En sí la inmensidad del mar sustenta,
 Como náufragos cuerpos á la orilla
 La onda los echa; á otro elemento usadas
 Por los ríos subiendo huyen las focas.
 En sus enmarañados escondrijos
 En vano guarecida,
 También muere la víbora, y pasmada
 Con erectas escamas, la hidra fiera.
 Ni á las aves el aire fué propicio;
 Que en medio desplomadas de su vuelo
 La vida dejan en las altas nubes.
 Y ya en vano es mudar de pastos; causan
 Exquisitos remedios daño nuevo.
 Nada alcanzan los sabios:
 Retírase Quiron el de Filira,
 Melampo Amitaonio se retira;
 Ante el mal invasor vana es la ciencia.
 Pálida de los reinos infernales
 Tisífone enviada
 Aparécese en tanto; su llegada
 Miedo y enfermedades van nunciando,
 Y su hórrida cabeza ella creciendo

Más y más cada vez yergue insaciable.
 Con el balar de moribundas greyes
 Y el continuo mugir de los ganados,
 Los tendidos collados
 Retumban, y las áridas riberas.
 Ya en colectivo estrago, ciento á ciento,
 En los mismos establos la ímpia Furia
 Corrompidos cadáveres hacina,
 Hasta que á abrirles fosas y á enterrarlos,
 Por fuerza al fin enséñanse los hombres;
 Que ni era dado aprovechar las pieles,
 Ni en aguas vivas ni á poder de fuego
 Desinfectar las carnes. Ni siquiera
 Los enfermizos sórdidos añinos
 Posible era esquilan, ni ya tejidas
 Tales lanas usar sin deshacerlas.
 ¿Qué digo? si ceñirse
 Tan odioso vestido ensayó alguno,
 De pústulas ardientes se cubría,
 Y de inmundo sudor, fétido el cuerpo,
 Y á poco descuidarse, fuego sacro
 Los infestados miembros devoraba.

LIBRO CUARTO.

De la miel celestial el don divino
 Ya me cumple cantar. Noble Mecénas,
 A esta parte también tus ojos vuelve,
 Y, en pequeño, espectáculos grandiosos
 Gozarán: los magnánimos caudillos,
 Las leyes y costumbres voy, por orden,
 De un pueblo entero á describir, sus tribus
 Y sus batallas, en el canto mio.
 Pequeño asunto, sí; mas no pequeña
 De trabajar en él será la gloria,
 Si Númenes adversos no lo impiden
 E invocado al cantor atiende Apolo.

El asiento, ante todo, y la morada
 Que á las abejas ocioso elijas,
 Al abrigo de vientos
 Estén, que con sus soplos importunos
 Acarrear impiden materiales;